

OSCAR CUETO

Por Ruth Estévez

Según la crítica literaria Susan Sontag, en la medida en que el arte se entiende como instrumento para cambiar la conciencia y ésta como modificadora del propio cuerpo, el artista se convierte, ya sea como intermediario o receptáculo de este proceso metamórfico, en un “sufridor ejemplar”. Héroe de lo sensible, la conciencia del artista es el contexto privilegiado para la batalla interior, donde el quehacer artístico funge como terapia o como brutal *electroshock*.

¿Es Oscar Cueto un claro ejemplo de este “sufridor ejemplar” al que apela Sontag? en todos sus dibujos, pinturas y videos aparece retratado como si de un Tateyaku¹ se tratase, hombre estóico y sacrificado al servicio de un ideal: no el arte en sí, sino el maquiavélico sistema que corrompe y gira en torno al immaculado acto creativo.

Pero Cueto no adopta la posición de un renegado, sino de un “mártir” que se deja atormentar por un fenómeno actual del que no quiere, pero del que tampoco puede salir ileso. Al mismo tiempo esta abyección hacia el sistema es, sin embargo, la que nutre su cuerpo de obra: Cueto descubre el uso del sufrimiento en la economía del arte, así como el mártir descubre la necesidad pero también la funcionalidad de sufrir en la economía de la salvación. En el video “*Mi chica con su bolsa Takashi Murakami me ayuda a obtener inspiración*”, (2006), el artista es golpeado ferozmente por su compañera, esperando pasivamente la llegada del dolor como única vía para conseguir resultados coherentes; en “*Diez malas críticas*” (2006), un grupo de especialistas le propinan una tremenda paliza para que aprenda, también a través del sufrimiento físico, el camino para introducirse en el *mainstream* internacional. En el centro de la escena, el artista acepta con estoicidad el castigo que merece.

¿Cómo alejarse del mundo del arte sin al mismo tiempo resistirse a dialogar sobre él, es más, utilizarlo como principal motivo de discurso? más bien, el trabajo de Oscar Cueto gira en torno a la idea de poder y a la situación de *status quo* que genera esta situación. Como muchos artistas, se siente amenazado, o más bien intranquilo, ante la idea de someterse a las reglas del juego. Es por eso que en algunas de sus obras se “enmascara” de aquellas figuras que parecen representar esa situación de poder: En “*Yo como curador*”, (2005), el artista vuelve a retratarse con el irónico uniforme del *curator*, como un travestido en eterno conflicto de género. En el políptico “*Douglas Gordon contra Charles Ray*” (2004)², los dos artistas pelean entre sí, uniéndose después a la batalla la curadora Bice Curiger y el propio Cueto.

¹El Tateyaku, figura proveniente del teatro Kabuki, es una idealización del samurai, valiente, austero, estóico y hábil con las armas. Akira Kurosawa realizó muchas películas a partir de 1954 con este personaje fuertemente enraizado en la cultura japonesa.

² La elección de estos dos artistas no es gratuita. Por ejemplo, en la obra de Douglas Gordon, “*The VANITY of Allegory*” (2005) el artista se travestía de personajes singularmente famosos como Andy Warhol, Marilyn Monroe, Kurt

¿Podrá el artista disfrutar del abuso recibido y garantizar su inclusión en el paraíso ilustre del Art Now? ¿*Tateyaku* o masoquista camuflado?. A pesar de todo, el artista es implacable ante cualquier elemento que simbolice el *estatus* de poder contra el que interactúa. En el vídeo, *Book on fire* (2006) el artista destruye a través del fuego la Biblia del arte contemporáneo -el Art Now- almanaque que organiza por orden alfabético los artistas más renombrados de la escena actual. La acción nunca termina y se queda perpetuada en el acto de la cremación, sin llegar a purificarse en las cenizas. En otros casos también utiliza el Art Book como arma blanca, dispuesto a decapitar a cualquiera que se ponga en su camino.

A pesar de la violencia inherente a las imágenes de Cueto, y la impotencia que denotan, el hecho de que recuerden ilustraciones de tiras cómicas, no puedo por menos que satirizar la situación con cierto grado de perversión. Esta ironía es el principio del juego del que, como decíamos al principio, no puede salir inmune.

En uno de sus últimos trabajos el video “*Handicap*” (2007), el artista utiliza esta vez una metáfora contundente del arte como juego para ironizar sobre los conflictos de poder. En la pantalla se ve una rampa de *skateboard* donde un grupo de personajes (probablemente el propio Cueto multiplicado), que tratan de deslizarse al unísono por la estrecha plataforma. En lugar de provocar una situación de armonía, la acción es caótica. En frente de la proyección descansa la rampa real con todos los patinetes amontonados y exhaustos. Dos situaciones al mismo tiempo: la guerra simbólica de tomar posición y el momento de soledad en el que el artista reflexiona sobre el valor de esta matanza sin cuartel.

Regresando al tema del cine y sin poder resistir ver a Cueto como el actor principal de una película dividida en muchos fragmentos, me recuerda al atormentado personaje de *The Highlanders*, (1986, Dir. Russell Mulcahy), Conner McLeod; a pesar de querer escapar de la maldición y conseguir una existencia pacífica, tendrá que luchar contra todo y todos para conseguir su objetivo, porque al final, tal y como reza la leyenda principal de la cinta: “sólo puede quedar uno”.

La pintura, “*No soy un monstruo*” (2006), es quizás una de las obras con un carácter más denotado de introspección, la representación simbólica de lo que para un escritor sería su propio diario. Después de haber pasado por luchas encarecidas versus curadores, críticos y colegas, ultrajado por el proceso de su propia legitimación, asegura y mantiene que él “no es ningún monstruo”. Nos encontramos con un ego desprovisto de las obligadas máscaras de ego de cualquier artista. Ningún grado de intimidad de sus otras obras podrá reemplazarlo, inclusive aunque el artista siempre se retrate en primera persona o utiliza una tercera que, soterradamente pueda suplantarle. La propia acción de colocarse a sí mismo como protagonista de su obra, le asegura su

inmortalidad, el intersticio final para legitimarse, aunque sea a través de un “suicidio simbólico”.

Detrás de toda esta ironía que se presenta en la obra de Cueto, y sin querer adoptar un aire paternalista, hay una verdad de su quehacer como artista ante un conflicto compartido: la diferencia entre el trabajo creativo y el camino para legitimarlo. ¿Ante quién?